

Ataide, dama de la corte. Y finalmente su pasión por Luisa Barbara, esclava mulata de Mozambique, a la cual parece haber amado apasionadamente. Como recuerda el soneto que empieza: "Aquella cautiva que me tiene cautivo." O el verso aquel que expresa: "Prodújome negrura de amor."

Entraba a un salón y tenía el porte de un gran señor. Peleando parecía un combatiente del tiempo heroico. Amador, rendía a las damas más difíciles.

Y cuando sonetos, canciones, redondillas asomaban a sus labios decíalos con tal gracia y sentimiento, que "la dura inquietud del alma y de la vida" se desvanecía en alas de su estro delicado.

Confluían en su vigoroso espíritu el genio de la acción, el ansia de saber, la aspiración a lo bello y el amor a la buena vida que tan escasamente tocó a sus puertas.

Católico ferviente, nacido en la era de los Descubrimientos, alcanzó a ser un Caballero de Cristo y el inspirado vate que cantó la gesta de los navegantes y descubridores lusitanos. Sus odas, octavas, elegías y églogas transparentan señorío expresivo, nobleza en la ideación, tendencia al fausto: y las imágenes brotaban de su mente como relámpagos y era ella misma el peñón en que se amotinaban y quebraban.

Un renacentista, dirán los críticos por su fuerza vital y sus apetitos sensuales. Un cruzado medieval, responderán los subjetivistas por las dimensiones de su espacio interior y su beligerancia por la religión.

Cosa infrecuente, fué alma diurna y nocturna a la vez. Vive intensamente, desordenadamente, pero lucha también por la comunidad cristiana, se consagra a narrar las grandezas del Portugal. Si a la vida le pide mucho, a la nostalgia le entrega todo. Por fuera el torbellino, en el mundo ideal un severo constructor de grandes formas arquitectónicas. Distinto, variable, inasible en la multiplicidad de sus modos individuales, es el hombre plural, poliédrico que analizara Goethe. Varios en uno y esencialmente el genio dicotómico que bascula entre la proeza cristiana y los júbilos paganos. Hombre de su época, siempre agitado y ansioso, su alma inmortal hace arco sobre los tiempos.

El gran señor que nunca se rebajó a mendicante. Altivo, corajudo, fantaseador, incapaz de disciplina. Orgullosa y sencillo a un tiempo. Persecutor de la gloria,

desdeñoso de la previsión, jugador con los naipes del vivir, eligió la existencia tormentosa al tranquilo fluir de los días estables.

Mitólogo y realista a la par, Camoens ve al hombre y a la hazaña humana en toda su miseria y servidumbre, pero la reviste de ropajes fantásticos y la entrelaza con admirables imaginaciones, al punto que no se distingue donde acaba la verdad y donde comienza lo ilusorio.

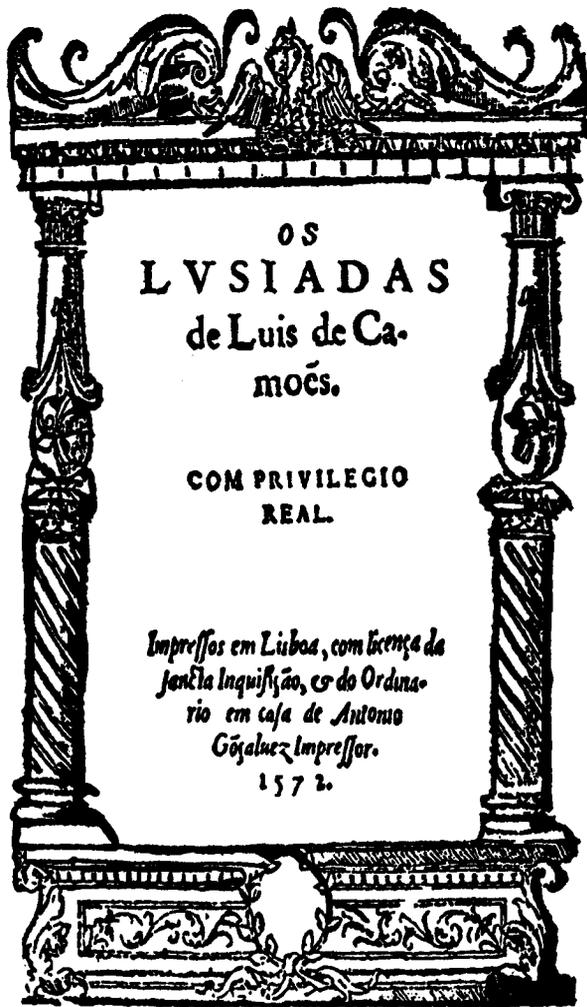
Mago de la novedad le llama un investigador, porque siempre anduvo en persecución de lo raro y de lo exótico.

Esta vida intensa y zarandeada, este vuelo prodigioso del intelecto ahito de grandezas, lo califican como un precursor del mundo moderno.

Se acerca a Cellini en el vigor vital y en la plasticidad del cincelado. Emula con los estros del Tasso y del Ariosto. Y si se apura el juego de los paralelismos estéticos, bien podría afirmarse que por la vastedad de sus construcciones idiomáticas, por el vuelo osado de su inspiración épica, y por la opulenta y riquísima ornamentación de su lírica, evoca la orquesta Haendeliana, toda ella montada sobre las líneas múltiples de la suntuosidad barroca. Pero Haendel fué el genio feliz que se expresó siempre con lengua armoniosa, pletórica de júbilos, en tanto Camoens, como Beethoven, convierte el dolor en alegría y de los zumos más agrios de la experiencia destila el licor finísimo de la pura idealidad.

El sentido de la nostalgia y de la melancolía que llevó al portugués a inventar la palabra "saudade", hace decir al gran poeta lusitano: "¡Oh! ¡Quién me volviera en medio de las flores de mi juventud!" En el esplendor de su talento musita: "La verdadera victoria consiste en ejercer una recta y entera justicia". Y a la hora crepuscular define: "Los disgustos me arrastran insensiblemente hasta el río del negro olvido y del eterno sueño." Decepcionado del mundo expresará: "¡Oh gloria de mandar! Oh vana codicia de aquesta vanidad llamada fama." Pero luego el noble ardor de su espíritu hazañoso renace en los versos inmortales: "Ningún hecho posible arredra a un corazón sublime y verdaderamente regio."

Alma excesiva, basculando entre peligros y aventuras, cortesano o navegante, guerrero, naufrago o funcionario, Camoens no es el mimado de la fortuna sino



Primera edición de «Os Lusíadas»
Portada de la edición verdadera (siglo XVI)

a la inversa: el héroe al que cien veces se le escamotea los frutos de la victoria que sólo conocerá más allá del sepulcro.

Es prodigioso —refiere Prampolini— que un hombre de vida tan angustiada hubiera dado a su patria y al mundo, una obra de aliento tan poderoso, de firmeza tan homogénea y armoniosa.

Luis Vaz de Camoens, aun descontada la arquitectura gótica de *Los Lusíadas*, es el hombre singular del Renacimiento en su máxima expresión de vitalidad y poderío. Señor de sí mismo. Combatiente contra el destino. Forjador de su proeza y su desgracia. Criatura orgullosa y ambiciosa que no abdica de la grandeza de sus sueños, vencedora de la envidia y la calumnia, a quien miseria y soledad, ingratitud y desilusiones no impedirán que regale al mundo el lienzo más soberbio de la épica moderna.

El genio lusitano elevado a la categoría de ingenio universal.



No hablemos de sus sonetos perfectos y delicados, al modo petrarquiano. De sus amables églogas. De sus canciones conmovedoras. Ni de sus tres comedias *Los Anfitriónes*, *El Rey Seleuco* y *Philodeno*. Son obras menores cuajadas de fina pedrería, pero solamente *Los Lusíadas* dan la apertura al moderno lenguaje poético portugués.

¿De dónde parte Camoens al concebir su poema famoso y hacia qué confines audaces proyecta el vuelo de su fantasía lírica y épica a un tiempo mismo?

El gran portugués tiene alma de cruzado: quiere rescatar para la Cruz lo que se perdía en Europa y en el Africa. Los infieles (los mahometanos) y la Reforma lo obsesionaban. Creía en la vocación heroica de los lusitanos para las grandes empresas marítimas. Pensaba que el pequeño Portugal, por la expansión nacional y colonial, podía alzarse a la estatura de las potencias que construyen la historia modificando la geografía. Si en territorio y en población los descendientes de Luso se veían aminorados, por el poder de sus brazos y la osadía de su voluntad, debido a la extrema tensión del espíritu varonil, podían dar al mundo un nuevo imperio conquistando reinos.

Los Lusíadas, brotada de un fervoroso nacionalismo, acabó convirtiéndose en una epopeya de la humanidad.

Porque no se inscriben en la obra inmortal solamente las hazañas de los reyes, navegantes y descubridores portugueses, sino que a través de los protagonistas y los hechos lusitanos se transparenta la general trayectoria de la progenie humana. Así de los héroes portugueses nace el arquetipo universal. Y la historia fulgurante de Vasco da Gama y sus denodados compañeros es —contada una vez más en lenguaje soberbio e inspirado— la epopeya de la humanidad siempre en tensión de lucha y de expansión.

El gran poema épico lusitano consta de diez cantos y 1102 octavas.

Quien ignora el idioma portugués no podrá disfrutar las excelencias constructivas ni los primores de forma del poema. Su destreza lingüística, su opulencia verbal, con mayor razón la musicalidad del verso y la belleza de tropos e imágenes pierden frescura, ritmo y cadencia en la traducción. Sin embargo a pesar de la transposición fonética que desnaturaliza y distorsiona en cierta manera la melodía original del compositor, el gran poema barroco, aun vertido en vasos extraños resuena grandioso y multilocuente.

¿Es, solamente, un canto al descubrimiento de la ruta marítima hacia las Indias por Vasco da Gama?

Excede a *La Jerusalén Libertada* en la suntuosidad y el cromatismo paganos. Es, aunque parezca extraño, una epopeya cristiana y un canto pánico donde el ideal religioso se estremezcla con las ardentías bé-

licas y los rasgos placenteros del buen vivir. ¡Y qué licencia gigantesca se toma el bardo portugués, al combinar el realismo narrativo con la fábula mitológica, bajando dioses del Olimpo a la tierra y subiendo a los héroes a los divinos parques donde Tetis, la deidad, se entregará sumisa y amorosa al navegante extraordinario! Camoens no describe cielo e infierno como el Dante, pero hace surgir islas miríficas del seno del mar para juntar a las diosas con los paladines lusitanos.

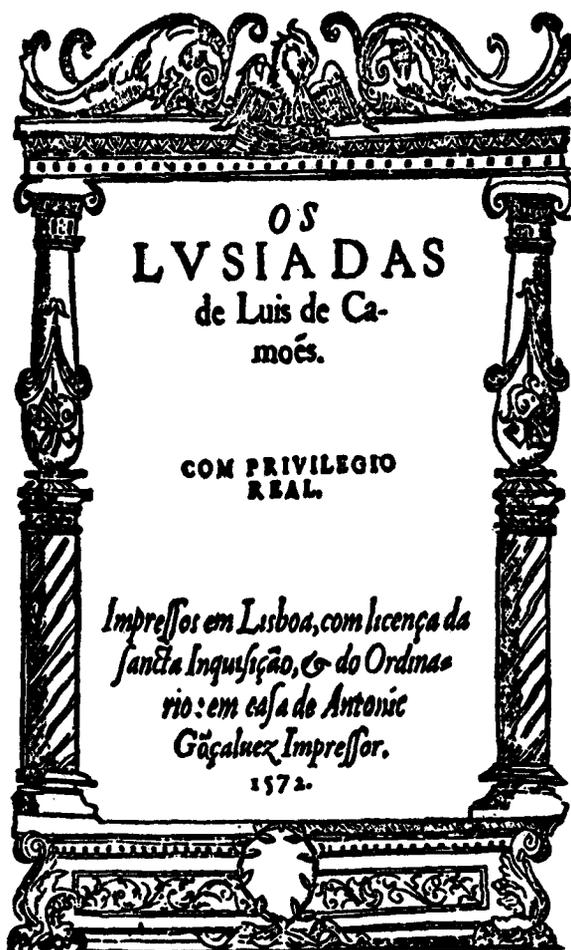
Un alma cristiana en una sensibilidad pagana canta las proezas del Gran Almirante, relata las hazañas de los Reyes y los Grandes del Portugal. Es, en cierto modo, un gran espejo que devuelve las imágenes del esplendor lusitano desde sus orígenes hasta el Renacimiento.

Verdad que la crítica moderna y el gusto vigente rechazan ese retorno a Homero y a Virgilio, esa mezcla de realismo histórico y juegos mitológicos. Pero el genio poético hace arco sobre los tiempos, crea, deshace, rehace, confunde y su varilla mágica trabaja más allá de límites y reglas. La ensambladura increíble de los personajes míticos con los seres reales confiere al poema un aire de hibridismo superior. Disonancias y anacronismos desaparecen al imperio de un lenguaje vehemente y apasionado que otorga toques reales a la fantasía y dibuja con perfiles verídicos lo imaginario.

Camoens busca la verdad y lo exacto, pero también persigue lo pintoresco y lo exótico. Su experiencia directa de la vida, del combate y del mar, le permite expresar con grandeza y propiedad la epopeya marina que acompaña a la epopeya de los hombres. Nadie, como su estro, exaltó los reinos de Neptuno ni describió con mayor vivacidad las cóleras y transformaciones de la líquida llanura. También el mar, como el mundo, le hizo pagar caro su genialidad poética. Náufrago más de una vez, frente a las costas de Cambodgia pudo salvarse a nado llevando en un puño el manuscrito de su inmortal poema. "Pero como ningún bien se alcanza sin tropezar con mil obstáculos" dirá el poeta refiriéndose a sus luchas con el agua y sobre tierra; y al cabo, el mar, vencido por el tenaz adorador le dará su grandiosidad y majestad que circulan libremente por las páginas de la obra.

Saliendo de otra experiencia inolvidable, el navegante estampa la confesión absorta: "¡Oh caso nunca visto y milagroso: que tiemble y hierva el mar estando en calma!"

Los *Lusiadas*, es decir los lusitanos. O los portugueses. Este niño que no conoció a su madre, este joven poco vinculado al progenitor, se entrega, íntegro, a su patria y a la poesía. Glorioso perseguido —lo llama Voltaire. Para otros es el Caballero del Resurgimiento Lusitano. Y sus compatriotas, reconocidos, toman el día de su muerte, el 10 de junio, como la Fiesta de la



Primera edición de «Os Lusíadas»
Portada de la edición falsa (siglo XVI)

Raza. Así por la fuerza, variedad y universalidad de su talento, el glorioso tuerto de Ceuta se convierte en el cantor de la aventura marítima mundial y del alma fáustica del varón moderno que presintió con genial intuición desde los albores del Renacimiento.

Los episodios amorosos y galantes revelan al poeta lírico y al cortesano. Epico, atrevido si narra un combate, Camoens se torna tierno y nostálgico si evoca a Catalina de Ataíde, si piensa en la hermosa Barbara, si sus versos musicalizan sobre el amor y las cuítas de amar. ¿No mira a Vesta, "de majestuoso continente, apacible rostro, y tan bella que el mar se aquietaba asombrado en su presencia?" Por sus estrofas circulan la tristeza que acompaña a los grandes, la sabiduría y pesadumbre del que ha visto mucho, la incurable melancolía de la "saudade" lusitana. Y es que el Portugal, enraizado a su tierra nativa, mas padeciendo siempre el llamado del mar y de las lejanías soñadas, está todo él vivo, palpitante, en el relato armonioso que identifica al pueblo navegante con su cantor inmortal.





LUIS DE CAMÕES

Es la última de las grandes epopeyas nacionales. Después de **Los Lusíadas** pueblo alguno fué elevado a la dignidad de creación mayor por arte de sus ingenios.

Todo el pasado de gloria del Portugal, en una extraña mezcla de clasicismo y exotismo, que se manifiesta por el estilo trágico y la fastuosidad verbal, con acentos elevados que revelan la nobleza de la Musa que inspira la obra.

“Es el mayor poema heroico moderno y de todos los tiempos” —aventura Croce. Y Schlegel, más prudente, expresa: “Este poema ideado bajo el cielo de la India y lleno de esplendor meridional, exhala un vivo y embriagador perfume.”

Imaginemos cómo hirió la imaginación de los europeos sedentarios del siglo XVI que por primera vez

oían hablar de Ceuta, Goa, las Molucas, Macao, Mozambique y el Cabo de Buena Esperanza. La aparición de lugares, productos, gentes y costumbres desconocidos. La apertura a nuevos mundos geográficos y humanos. Los parajes reales y las comarcas ideales que el vate describe. El gigante Adamastor petrificándose en el Cabo de las Tormentas. Vasco da Gama uniéndose a la diosa Tetis. Y en medio a batallas, tempestades, el mar proceloso y la tierra adusta, traiciones, perfidias, peligros y riesgos sin fin, el genio lusitano abriéndose paso en regiones incógnitas y a través de pueblos hostiles. El arribo de los navegantes a Mozambique o a Calicut es materia de exaltación y regocijo. Venus y Baco, deidades mayores, encarnarán los destinos de Occidente y de Oriente.

Hoy el racionalismo crítico, el espíritu de justicia no aceptan la discriminación entre pueblos. Ya no existen los “infieles” de la época renacentista, ni turcos o mahometanos amenazan a Europa. Pero los denuetos líricos contra bárbaros y paganos y los artificios poéticos, propios de aquel tiempo, se olvidan fácilmente en el caudal torrentoso de aguas puras y encrespadas que vierte el poema sobre las almas sensibles.

Camoens no tiene rival como descriptor de la naturaleza. Es un paisajista maravilloso. Su maestría descriptiva corre pareja con la destreza para capturar personajes y caracteres. Si el mar le incendia la inspiración, bosques y playas, islas y arboledas excitan su estro suntuoso y colorístico. Su arte excelso de pintor barroco, con toques manieristas indisimulables es una “summa” de ciencia constructiva y formas estilísticas. Hechicero para evocar visiones y adjudicar epítetos, es mago también en la administración de contornos y matices. Mira a la naturaleza y a los hombres, su eterna pugna, con ojo centelleante al que nada escapa porque su mirar circunvidente lo abarca e ilumina todo.

El paisaje natural mudable y desbordante, la temible movilidad marina, las acciones delirantes de los

RHYTHMAS DE LVIS DE CAMOES. Divididas em cinco partes.

Dirigidas ao mnic Illustrador D. Gonçalo Coutinho.



*Impressas com licença do supremo Conselho da geral
Inquisição, & Ordinario.*

E M L I S B O A,

Por Manoel de Lya, Anno de M. D. LXXXV.

A custo de El-Rey Lopez mercador de libros.

hombres, su propio orgulloso corazón de guerrero y navegante, no impiden al poeta volver a la piedad religiosa. He aquí dos gemas de la pedrería camoensista que despiden fulgores azules. Una enseña: “Los pechos nobles albergan ánimo y pureza.” Y la otra: “No siéndole propicio el Cielo, de nada sirven al hombre valor, astucia o prudencia”.

Si por la grandeza de su concepción arquitectónica, por el delirio de sus líneas en fuga misteriosamente concertadas para una aproximación final, **Los Lusíadas** es una de las catedrales góticas de la poesía épica, por su tono intimista, por la finura de los pasajes bucólicos, en el discurso amoroso, en la evocación nostálgica de la dicha pasada, en los toques magistrales de ternura y delicadeza espiritual el gran poema portugués evoca las delicias de la música de cámara: Carlos Seixas o Joao de Sousa Carvalho no alcanzaron mayor variedad de timbres melódicos ni tan rica musicalidad en la expresión de sentimientos por sonidos.

En esta era de exploraciones espaciales y cohetes interplanetarios, Camoens, astronauta del espíritu, mantiene, con su poema inmortal, vigencia de descubridor de mundos inéditos.

Porque el mensaje trascendente de **Los Lusíadas** es éste: se trata de la maravilla y el misterio de un nuevo lenguaje del alma. ◊

“Hallé en los lusitanos osadía, caballerosidad y relevantes cualidades” —refiere el poeta en uno de sus cantos.

Este juicio bien podría revertirsele. Nadie más valeroso, hidalgo, magnánimo en el pensar y en el obrar.

¡Cómo habríamos querido conocer al Caballero de las Desdichas, de capa aguereada, espada mellada, rostro altivo, despreciador de honras y dinero, que para su conciencia se deben al acaso y no a la áspera y recta virtud!

En el tremendo siglo XVI, cuando el mundo se reconoce en su otra mitad incógnita, o en este siglo XX, cuando el hombre intenta expandirse hacia los astros, Luis Vaz de Camoens aparece y reaparece genial infortunado en su vida dramática, poderoso creador de belleza. Luminar solitario. Sólo otro ibero inmenso se le aproxima, también desdichado, asimismo Emperador de la literatura: Cervantes, el manco de Lepanto.

No sabemos qué admirar más: la recia hombría del varón que jamás se doblega ante los golpes de la adversidad, o la nobleza con que el supremo alquimista transmuta dolores y quebrantos en raptos armoniosos de intuición comprensiva y de elaboración inteligente.

A estar a cuanto dijeron biógrafos y críticos, Camoens fué alma de muchos registros. Sensual y espiritual. Platónico y realista a la vez. No padece los

apremios teológicos de Milton ni el sombrío pesimismo de Leopardi. No es el humanista olímpico al modo goethiano, ni el bardo luciferino a la manera de Byron. Por su gran calidad humana, por sus penas y sufrimientos, porque soportó las miserias y humillaciones del mundo con dignidad, sin renegar de la criatura terrestre, está más cerca del combatiente que aun sabiendo que perderá su batalla lucha valerosamente hasta el fin. O del asceta que acepta los rigores de un transcurrir exento de deleites, para expiar su anterior sed de placeres.

Que el bardo lusitano subordinó lo tangible a lo trascendental, como sostiene un pensador, verdad a medias. Porque para él no teólogo, no filósofo, ni alma de metafísicas difíciles, la trascendencia está en el mundo, en la naturaleza viva, en el decir y el hacer de las gentes que con sus acciones heroicas subliman y dan sentido a la proeza humana.

Así el gran poeta barroco se convierte en el intérprete del siglo hazañoso, que dió a la aventura del hombre cima y perfección.

Camoens no fué el conquistador que avasalla y depreda, sino el colonizador que asimila y a su vez se deja absorber por suelo y raza descubiertos. Mozambique es Portugal en cierto modo, pero también Lusitania tomará muchas cosas del africano. Su bardo



más insigne termina el poema inmortal en las costas bañadas por el Indico, donde el sol es de fuego, los aires perfumados y la carnación fluctúa entre el ébano y la canela. La hermosa Barbara, con su piel sedosa y sus ojos rasgados, mecerá sus sueños intranquilos devolviéndole la fe en la bondad del ser por los seres. De esas horas plácidas, madurada la conciencia por la sabiduría y la experiencia, brota la sentencia famosa que se hubieran disputado socialistas y demócratas: "Dictad en la paz leyes fijas, leyes que a todos alcancen. Todos tendréis más y nadie menos."

Necesidad y soledad acosan al genio, al varón voluntarioso que quiere deberlo todo a sí mismo.

Camoens regresa a Lisboa, pobre, enfermo, cargado de desilusiones, poseído por el sentido trágico de la existencia.

Y es hondamente simbólico que muriese un año antes que Felipe II anexara Portugal a España. Presintió la caída política de su patria, para la historia momentánea, para el gran vate de efecto catastrófico. Y entonces brotan de los labios cansados las palabras sibilinas: "Deseo morir no solamente en mi patria, sino con ella."

La fama y la belleza florecen entre espinas. La rosa efímera trasunta la fragilidad del tránsito del hombre, la imagen fugitiva de las creaciones ideales del artista. Como sus pétalos que caen prestamente, se deshojan volanderos sueños y quehaceres del esforzado. Así el viejo conocedor del mundo, el combatiente contra el destino, el alto inventor de imágenes destilan su sabiduría crepuscular: "Permanente va el temor siguiendo las huellas de la esperanza, que vive siempre inquieta y anhelante."

No todos conocen el famoso Convento de los Jerónimos lisboeta, ni todos leyeron el poema inmortal de Camoens. Esos ignoran la magnificencia del genio lusitano que en plegarias de piedra y en cánticos de gloria enalteció la proeza de reyes, navegantes y descubridores.

En 1499, terminado el magno y memorable viaje marítimo que dió a Portugal el cetro de la exploración del mundo, Vasco da Gama, ya Gran Almirante, inició en señal de reconocimiento al Señor que había protegido su tremenda empresa, la construcción del Convento y Templo Gótico de los Jerónimos, fábrica humana que por imponencia y perfección más parece brotada del toque divino.

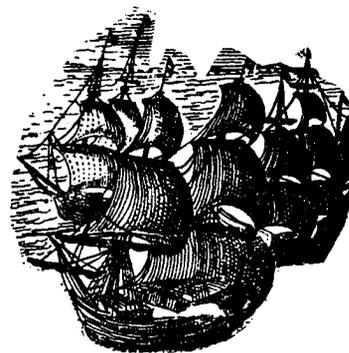
Casi tres cuartos de siglo después, en 1572, Luis Vaz de Camoens publica *Los Lusíadas*, grandioso poema épico que al narrar las aventuras y peripecias del insigne navegante, toma a Vasco da Gama como el hilo de oro que lo conduce por la malla intrincada de la epopeya lusitana.

El fervor religioso y el orgullo nacional pocas veces encendieron luminares de tan potente lumbre y fuerza de atracción espiritual.

En esta época de inventos portentosos y frías conquistas técnicas, es saludable y es noble evocar al poeta que remontándose desde su amado Portugal vuela hacia las estrellas en un viaje sin término y sin pausa.

Aguila Blanca de la Proeza Lusitana lo vemos nosotros en este cuarto centenario que Portugal, Mozambique y el mundo entero celebran con simultánea unificación.

Y las generaciones que vendrán, cuando quieran saber cómo la fe cristiana, la fuerte voluntad y el alma intrépida de los hombres con pequeños recursos y modestas armas conquistaban nuevos mundos, volverán siempre a las páginas sublimes de *Los Lusíadas*, para escuchar la música sagrada de las venturas y desventuras de la progenie humana, que en los hexámetros de Homero o en las estrofas de Camoens enseña —para siempre— que los poetas son los guías centelleantes de la humanidad.



A LUIS DE CAMOENS

Sin lástima y sin ira el tiempo mella
las heroicas espadas.— Pobre y triste
a tu patria nostálgica volviste,
oh capitán, para morir en ella

y con ella.— En el mágico desierto
la flor de Portugal se había perdido
y el áspero español, antes vencido,
amenazaba su costado abierto.—

Quiero saber si aguede la ribera
última comprendiste humildemente
que todo lo perdido, el Occidente
y el Oriente, el acero y la bandera,
perduraría (ajeno a toda humana
mutación) en tu Eneida lusitana.

Jorge Luis Borges

Planteamiento del problema

Quiero seguir las huellas de todos aquellos investigadores españoles e hispanoamericanos que han brindado toda su capacidad intelectual y su tiempo vital a la más sublime de todas las investigaciones: aquella que trata de dilucidar la razón del carácter y de la conducta de los pueblos hispánicos. Siguiendo a Ortega, "yo soy yo y mi circunstancia", mas mi circunstancia es mi cultura, a ella me debo en cuerpo y mente, para ella toda mi devoción y todos mis esfuerzos, para ella todas las buenas ideas que yo pueda recoger de otras esferas culturales, para ella también todo el ingenio que pueda yo desarrollar durante mi paso por el tiempo, pues sé bien que mi cultura trascenderá a mi civilización que hace ya cuatrocientos años que agoniza. Soy entonces, yo y mi cultura, si no se salva ésta, tampoco me salvo yo; por lo tanto, yo soy yo y mi cultura hispánica.

Hace cincuenta años escribió Ortega un intento psicoanalítico del pueblo español en su **España invertebrada**. Ahí nos dijo: "Se trata en lo que sigue de definir la grave enfermedad que España sufre". A ésta le llamó el sabio: particularismo: "La esencia del particularismo es que cada grupo deja de sentirse a sí mismo como parte, y en consecuencia deja de compartir los sentimientos de los demás". Esto es, la "megalomanía infantil no resuelta" vista por el psicoanalista, o bien, la soberbia vista por el teólogo, hacen del español, o más bien de su grupo (que es un individuo mayor, como también —y aun mayor— lo es la nación), personas físicas o morales intolerantes y por lo tanto dogmáticas; envidiosas y consecuentemente destructivas porque se rebelan contra todo lo mejor. El "Hispaniolus hispaniolo lupus" de Américo Castro, debería más bien ser "El español es el lobo del español que no piensa como él". Prosigue Ortega diciendo: "Difícil será imaginar una sociedad menos elástica que la nuestra; es decir, difícil será imaginar un conglomerado humano que sea menos una sociedad". También nos señala que "todo particularismo nos conduce, por fin, inexorablemente, a la acción directa", pero como el particularista "se produce la ilusión intelectual de creer que las demás clases no existen como plenas realidades sociales o, cuando menos, que no merecen existir" llegamos al terrible resultado de que el particularista se deja llevar por la acción directa para exterminar a su adversario. He aquí la tragedia de los pueblos hispánicos.

Al hablar de la megalomanía de las masas españolas nos dice Ortega: "Pero nuestro público parte de un estado de espíritu inverso a éste: la sospecha de que alguien pretenda entender de algo un poco más que él, le pone fuera de sí". Y refiriéndose al cuerpo español nos dice: "Peor que tener una enfermedad es ser una enfermedad. Que una sociedad sea inmoral,

tenga o contenga inmoralidad, es grave; pero que una sociedad no sea una sociedad, es mucho más grave".

Si cierto es que la conducta de un pueblo proviene de sus sentimientos, en un pueblo enfermo como el hispánico es peligroso delegar la actividad política en personas que se dejen llevar por sus emociones. Nos dice al respecto Ortega que "la sociedad y el hombre contienen otros muchos problemas extraños por completo a la moralidad y a la justicia (...). Así se ha deducido frívolamente que son injustas las diferencias jerárquicas, sin las cuales no hay sociedad que pueda nacer ni persistir". Concluye Ortega que "hay que ponerse a forjar un nuevo tipo de hombre español".

Este análisis de la mente española, tuvo que crear profunda huella en los escritores contemporáneos de Ortega, como pueden considerarse Menéndez Pidal, Madariaga y Américo Castro, entre otros.

Huella profunda le habrán causado a Castro estas sentencias de Ortega: "La aberración visual que solemos padecer en las apreciaciones del presente español queda multiplicada por las erróneas ideas que del pretérito tenemos. (...) Yo sé que un día, espero que próximo, habrá verdaderos libros sobre historia de España, compuestos por verdaderos historiadores. (...) Lo primero que el historiador debiera hacer para definir el carácter de una nación o de una época es fijar la ecuación peculiar en que las relaciones de sus masas con las minorías selectas se desarrollan dentro de ella (...). Pero hablar de la historia de España es hablar de lo desconocido. Puede afirmarse que casi todas las ideas sobre el pasado nacional que hoy viven alojadas en las cabezas españolas son ineptas y, a menudo grotescas. Ese repertorio de concepciones, no solo falsas, sino intelectualmente monstruosas, es precisamente una de las grandes rémoras que impiden el mejoramiento de nuestra vida. (...) en nuestro pasado la anormalidad ha sido lo normal. Venimos, pues, a la conclusión de que la historia de España entera, y salvas fugaces jornadas, ha sido la historia de una decadencia. (...) Nuestro 'pueblo' hizo todo lo que tenía que hacer: pobló, cultivó, cantó, gimió, amó. Pero no podía dar a las naciones que engendraba lo que no tenía: disciplina superior, cultura vivaz, civilización progresiva".

Américo Castro nos dice en su **Realidad histórica de España**: "Los españoles no podemos lanzarnos a saber de los demás y a liberarnos de la tutela cultural de los de afuera, en tanto que permanezcamos ciegos y mudos respecto de nosotros mismos, simulando haber sido lo que no fuimos, inmersos en falsedades por puro e ingenuo miedo a aceptar la verdad (...). Se han escrito cientos de miles de páginas desde hace siglos sobre las fallas y fracturas de que adolece la comunidad española; se han dedicado en cambio muchísimas menos a identificar y a hacer comprensible quién y cómo sea

dicha comunidad". Es precisamente la relación de las masas con sus minorías excelentes judeo-castellanas las que estudia Castro detenidamente: "El judío servía como un intermediario entre el moro y el cristiano de muchas maneras, y a través de él el castellano de la casta dominante logró llegar a ser señor de sus tierras, conquistador del moro, y eventualmente ejecutor de las profecías hispano-hebreas del dominio imperial del mundo. (...) Sin estos judíos castellanos, y los conversos del siglo XV, es imposible explicar tanto la larga y complicada empresa de la reconquista o la aspiración de extender el imperio español a tierras remotas y desconocidas". De sí son grotescas las ideas que de nuestro pasado tenemos, nos dice Castro: "Si no podemos reconstruir y revivir el pasado, casi no podremos empezar a comprender la historia de los españoles, y las razones para esas ásperas y estridentes disonancias entre la forma personal de vivir del hombre y la de su existencia colectiva, entre lo que es evidente hoy y lo que se mantiene escondido en su pasado problemático". De sí la historia de España ha sido la historia de una decadencia nos dice Castro: "El problema hablando estrictamente, no es de cómo pasaron los españoles de la hegemonía a la decadencia, pero como las deficiencias y defectos creados por la vertiginosa fuerza de motivaciones humanas redujeron este curso a un estado de inmovilidad casi total. (...) Me gustaría proponer la idea de 'adopciones y repulsiones' como una característica más detallada de la historia de los españoles que las previas. Vivir desviviéndose, o «la historia de una inseguridad» es también válida como una conjetura acerca de esa peculiar y problemática realidad humana. (...) El mismo hecho de que los mexicanos se han beneficiado por la conquista española hoy y odian a Cortés al grado que no hay calle o monumento en México que lleve su nombre, es un caso más que señala esa lucha peculiar española del hombre en contra de sus circunstancias". De sí España no le dio disciplina superior a Hispanoamérica, nos dice Castro: "Cuando observadores de sensibilidad afinada comparaban la grandiosidad del imperio español con la incultura de la metrópoli para servirse de él, no sabían si estimar o lamentar las hazañas de Cortés y Pizarro. (Los españoles no supimos orientar acerca de este serio problema a los hispanoamericanos, muchos de los cuales continúan sin entender el sentido de su pasado, para los más de ellos poco grato.)"

Ortega, que "más que un hombre fue un castillo", como dijera Martí Ibáñez, llegó a pronosticar la enfermedad básica del pueblo español: su particularismo. Este particularismo se puede definir como la idea de superioridad que un individuo tiene de sí, como para menospreciar la importancia de los demás y por ende de la misma sociedad. En resumen, la enfermedad que

sufren los individuos: hombre, grupo, y nación españoles, es la definida por la escuela psicoanalítica Freudberglerista como una "megalomanía infantil no resuelta".

Américo Castro se pregunta: "¿De dónde toman los españoles las ideas acerca de sí mismos? ¿Por qué sienten de la forma que lo hacen de sus compatriotas? ¿De dónde proviene su complejo de inferioridad colectiva, tan bien descrito por el doctor López Ibor? ¿Qué motiva su deseo por destruir lo que ya existe, sea bueno o malo? ¿Qué inspira el deseo entre los ineducados de que «se voltee la tortilla mágicamente»; o aquella frase desesperada de Ramiro de Maeztu, un hombre incapaz de matar a nadie, quien, sin embargo, hablaba en lo privado de la necesidad de «sangre de un metro de espesor»? O, en cambio, ¿cuál es la inspiración para el sueño fantástico de una España imperial?"

Dentro de mi correspondencia particular con Américo Castro, (año de 1972) se encuentran pruebas del afán que este historiador tuvo por desvelar el enigma conduccional de los pueblos hispánicos a través del conocimiento verídico de su pasado. En su carta del 29 de enero me dice: "Llevo trabajando, desde hace unos treinta años, en la tarea de convencer a los pueblos de habla castellana de la necesidad de conocerse a fin de poder armonizarse. Considero un feliz azar que sus cordiales palabras coincidan con lo dicho en la revista inglesa de mayor circulación *The Economist*, Londres, 15 de enero, 1972, p. 52: «Any serious consideration of Spanish, and indeed Iberian, problems will have to take Professor Castro's view into account». (La obra comentada es *The Spaniards: An Introduction to their History*, University of California Press, (1971)" (Versión aumentada de la *Realidad histórica de España*). En su carta del 16 de abril me dice: "Es hoy para mí clarísimo que México, lo mismo que España, necesita cohesión y armonías, no desgarros y palos de ciego, ni camisas de fuerza dictatoriales. Mi obra histórica aspira (a lo mejor ilusoriamente) a convencer a la gente hispana de la necesidad de superar los motivos de ese afán de hacerse añicos los unos a los otros. Las mordazas y el látigo (rojos o negros) son simples aparatos ortopédicos; las hernias siguen ahí, sin ser operadas y tratadas correcta y humanamente. En el librito que le incluyo propongo el neologismo «odiamiento»; me parece que la larga, ilustre y dolorosa historia de los pueblos hispánicos ha demostrado la funesta ineficacia de los «odiamientos». Sin estos, y con entendimientos cordiales e inteligentes, los pueblos hispanoamericanos estarían hoy tan próximos los unos a los otros como lo están los angloamericanos". En su carta del 8 de mayo me dice: "Quizá usted ignora que yo resido aquí como un extranjero; no estoy contra nada ni contra nadie, pero me había prometido no regresar a este país, para mí entrañable, y cuya

realidad auténtica estoy tratando de desvelar con objeto de hallar una razón a las proclividades fratricidas de los españoles. Las raíces psicopáticas de tan atroz dolencia nunca habían sido investigadas. Por otra parte, los libros míos que, en mi opinión, merecen el nombre de tales, fueron concebidos y redactados en un medio cultural sin análogo en España. La angustia de la guerra civil (una infame y absurda carnicería) fue mi incitante; los materiales para realizar mi proyecto constructivo fueron la estupenda biblioteca europeo-oriental de Princeton, y un grupo de estudiantes que yo me seleccioné. Gracias a eso comienza a esbozarse la figura de la auténtica España, tan enojosa para tantos. No es fácil despegarse de rutinas mentales sin sentido, labradas y acunadas durante siglos". En su carta del 15 de mayo, en relación con un mensaje que le dirige a la juventud peruana, dice que "lo primero que debían hacer los jóvenes de aquel país, brotes de la doble tradición incaico-hispánica, era revisar el problema de sus fronteras y federarse con Ecuador y Bolivia, artificialmente creados después de Ayacucho. La respuesta fue muy violenta, inepta y muy divertida: «¡Es usted un mal educado!» Como en mi sentir el mundo hispánico está afectado por una radical dolencia (creo haber sido el primero que ha auscultado y revisado como es debido al paciente), la furia peruana vale para mí como un importante síntoma. Y nada más".

En una carta que le dirigí a don Américo el día 22 de mayo le dije: "Volviendo al tema, le declaro que de haber podido charlar con usted en Madrid, me hubiera gustado comentarle algunos pasajes de su libro **La realidad histórica de España**, desde un punto de vista psicoanalítico referente a algunas características peculiares del hombre que habitó y también del hombre que ahora habita lo que hoy conocemos con el nombre de España. En verdad considero un reto, este que ha lanzado usted a las nuevas generaciones: «'la idiosincrasia particular del pueblo español', nunca analizada por nadie desde dentro, ni hecha ver externamente como una comprensible estructura». Por lo tanto, me he hecho el propósito de intentar demostrar por medio de las teorías psicoanalíticas de Edmundo Bergler, el porqué 'de mediados del siglo XVII, los españoles han estado sufriendo derrota tras derrota, y envileciendo su propia tierra con la sangre de otros españoles...' El porqué 'Este pueblo, en más de una ocasión, ha marchado a su propia ruina como a una jubilosa saturnal'. El porqué del español de esperarlo todo de mercedes divinas por sentirse «hijo de Dios», y el valorarse intensamente a sí mismo. El porqué de los aventureros y de los ascetas. El porqué de 'Por bajo de los más levantados tonos, se percibirá siempre el rumor de la inseguridad, de la insatisfacción o de la queja'. En fin, creo que cualquier día tendré que lanzarme a iniciar el **Intento de psicoanálisis del espa-**

ñol, para el cual será menester citarle a usted frecuentemente, pues ha intuido usted, además de haber investigado como pocos lo han hecho, ciertos rasgos inconscientes del pueblo español dignos de toda consideración".

A esa carta me respondió Castro con una suya del día 25 de mayo, en que me dice: "Me parece de perlas que los pueblos hispánicos sean sometidos a un análisis psicopático, cordial y serenamente. Ya hace unos años sugerí al, en mi opinión, más eminente psiquiatra español, el Dr. Enrique Escardó, que mi descubrimiento de no ser los españoles quienes se imaginan ser, necesitaría la cooperación de técnicos que aceptaran mi idea de ser los pueblos, al fin y al cabo, individuos de gran tamaño. (Como es natural, no aceptó mi propuesta: es tarea para guerrilleros). Si yo tuviera 40 años menos, emprendería tan arriesgada empresa a sabiendas de que iban a sacarme la piel a tiras en muchas partes. (...) Refundo ahora en uno, dos libritos míos, a fin de hacerlos más claros, con el título de **Sobre el nombre y el 'quien' de los españoles**, y confío —si mi ya rebelde cuerpo no me falla— en demostrar que la falsa y absurda historiografía de los españoles se explica muy bien por lo que llamo «odiamientos» (como si en una familia en la cual son frecuentes y atroces las hepatitis, decidieran negar la existencia del hígado). Los españoles han querido, quieren, prescindir de los moros y de los judíos, y por otra parte se niegan a reconocer la existencia y los valores de los últimos 300 años —lo digo bien claro en mis libros. Con gran asombro se está produciendo una reacción favorable a mis modos de pensar. Claro que en los libros de texto tardará mucho en abrirse paso la verdad (si el gran maestro del arabismo en España escribe que los árabes se limitaron a 'invadir' y depredar España, y luego se marcharon, y 'a enemigo que huye, puente de plata', ¿qué va a pensar la gente?) La mayoría es ignorante, y si los libros y los maestros mienten, ¿qué van a pensar?".

Ortega, no cabe la menor duda, fue de los primeros inconformes con la historia oficial española. Recordémosle decir: "Si yo hubiese encontrado libros que me orientasen con suficiente agudeza sobre los secretos del camino que España lleva por la historia, me habría ahorrado el esfuerzo de tener que construirme malamente, con escasísimos conocimientos y materiales, a la manera de Robinson, un panorama esquemático de su evolución y de su anatomía". (Prólogo a la IV edición de **España Invertebrada**). En su libro **La rebelión de las masas**, capítulo XIV, segunda parte, nos dice: "Suele afirmarse que en tiempos del Cid era ya España —Spania— una idea nacional, y para superfetar la tesis se añade que siglos antes ya san Isidoro hablaba de la «madre España». A mi juicio, es esto un error craso de perspectiva histórica. En tiempos del Cid se

estaba empezando a urdir el Estado León-Castilla, y esta unidad leonesa-castellana era la idea nacional del tiempo. La idea políticamente eficaz. Spania, en cambio, era una idea principalmente erudita; en todo caso una de tantas ideas fecundas que dejó sembradas en Occidente el imperio romano. Los «españoles» se habían acostumbrado a ser reunidos por Roma en una unidad administrativa, en una diócesis del Bajo Imperio. Pero esta noción geográficoadministrativa era pura recepción, no íntima inspiración, y en modo alguno aspiración”.

Obsérvese que Ortega confunde la palabra romana *Hispaniae* con Spania, pero que escribe **españoles** entre comillas porque dudaba que así se pudiese denominar a los cristianos del siglo XI. Ahora en 1948 Aebischer demostró que el nombre **español** es de origen provenzal. Y Lapesa descubrió un documento de 1194 con la firma de un “dommo Español”. (Citado por Castro).

En fin, creo que en este siglo XX han florecido en España hombres de talla monumental que por vez primera han formado un esquema comprensible de la historia de los que, desde el siglo XII, se llaman españoles. Ortega al aflorar el particularismo a la conciencia española, hizo pensar a toda una generación en ese defecto conduccional. Madariaga con sus ensayos de psicología comparada, hizo resaltar los defectos y las virtudes del español en disonancia con las del francés y del inglés, (**Ingleses, franceses y españoles**); ensalzó, poniendo en su justo lugar, las figuras de Cristóbal Colón y de Hernán Cortés, y trató de hacer más comprensible el nacionalismo hispanoamericano en su **Simón Bolívar**. Para ésto utilizó de los archivos ingleses y franceses además de los hispánicos.

Madariaga escribió **Ingleses, franceses y españoles** en 1926-27, siete años después que Ortega escribiera su **España invertebrada**. En mi opúsculo **Nuestro Individualismo** (Norte, 239) dije lo siguiente:

“Es Madariaga el intelectual español que más profundiza en la psicología de su pueblo, y reconoce que el ibero es un hombre de pasión que se deja ir “a la velocidad y a la dirección de la corriente vital”. Y esta conducta trae aparejada consigo “tres características: el amoralismo, el humanismo y el individualismo”.

El hombre hispano tiene un ego demasiado desarrollado que “se manifiesta con fuerza singular en todo lo que atañe a la defensa de la personalidad contra la invasión del medio. Tal es probablemente el secreto del **instinto hostil a toda asociación**”. Dentro de la escala de valores del español está “primero la familia; luego, los amigos. El Estado ocupa el último lugar”.

Una diferencia de opinión puede ser para un hispano una herida al amor propio, porque “las opiniones de un español no son tan sólo ideas que lleva en la cabeza, sino convicciones que respira y que circulan en su sangre”.

Para Madariaga la pasión es la negación misma de la acción, y encuentra en nuestro carácter una pasividad contemplativa fuente de la que se alimentaba ya el estoicismo senequista. Esta pasividad nos lleva también al defecto específico de nuestro carácter: la envidia, y a nuestra calidad de espectadores ante el fluir de los acontecimientos.

El ser humano que se guía por los consejos de su inconsciente: su intuición, se siente capaz de todo e improvisa. Es pues, el **homo hispanus** el rey de la improvisación. Esta forma de actuar lo hace negado para la investigación y para la técnica, defecto que ya tenían nuestros hermanos los romanos, “. . . el intelecto en España es, sobre todo, espontáneo, creador y de la índole del genio, mientras flaquea en el talento crítico y metódico”. Es entonces la pasión, el denominador común para todos nuestros actos».

Ortega se concretó a señalar el defecto básico del español y sus terribles consecuencias autodestructivas. Madariaga señaló también los defectos hispánicos tratando de atenuarlos y de encauzarlos por la vía política (leer su **Anarquía o Jerarquía**. Aguilar, 1934). Castro trató de ahondar en la historia para encontrar un trauma que al hacerlo consciente librara al pueblo español de sus tendencias autodestructivas. Efectuó una especie de psicoanálisis freudista de ese gran individuo que se llama España, y sus descubrimientos le hicieron afirmar: “Y aunque parezca exorbitante el salto que vamos a dar, los españoles vienen matándose unos a otros con atroz frecuencia como resultado de la estructura colectiva creada en el siglo XVI en virtud de circunstancias que muchos están interesados en desconocer y muy pocos en develar”.

Ramón Menéndez Pidal en **Los españoles en la historia**. (Austral, 1959), llega a las mismas terribles conclusiones que Ortega en cuanto a la historiografía hispánica. Veamos: “Toda obra historiográfica implica necesario realce de algunas memorias pretéritas, y necesario silencio respecto de otras, según se mire a unas como eficientes y a otras como inertes para la exacta comprensión del pasado (. . .) En particular la historia de España, más que la de otros pueblos, adolece de olvidos involuntarios y pretensiones parcialistas”. Estudiando la ecuación de las masas con las minorías selectas, nos dice Pidal citando a Costa y a Macías Pica-vea que “el fuerte individualismo arraigado en la masa trae el orgullo del inferior, que no tolera ser dirigido por el superior (. . .) El pueblo como mera colectividad, sin dirección, no es capaz de tomar la menor iniciativa. No podemos hoy seguir creyendo en la teoría romántica de que el pueblo es «autor» de muchas cosas; los cuatro versos de una copla, las notas de la más simple melodía, la redacción más elemental de una ley, de un

pacto, la iniciación de una costumbre, nunca es obra del pueblo, sino de un individuo que se destaca de la grey, un egregio. La actuación más popular que consideremos no puede producirse sin la levadura de una minoría”.

De sí las ideas del pasado nacional son ineptas y a menudo grotescas, nos dice Pidal: “Promover ese nuevo encogimiento de memorias históricas es un primer paso fácil de dar; lo difícil es que ese paso se reitere en progresión mediante trabajos sucesivos, exentos de todo exclusivismo y hechos a fondo con diligente indagación sobre las muchas zonas excluidas o desfiguradas en la historiografía corriente. En una existimación integral del modo como la gente hispana supo conducirse frente a las varias y coactivas exigencias de cada tiempo, en una interpretación armónica de las muy diversas épocas, está la verdad histórica, la única verdad que, trayendo la savia del pasado a nutrir los afanes del presente, puede conferir al pueblo español robusta fe en la plenitud de su desarrollo, en el aunamiento de sus fuerzas para desplegar íntegramente la energía vital de que él es capaz”.

Reconoce don Ramón que la sociedad hispánica está enferma, al decir: “...en vez de suponer algo que falta irremediamente al pueblo español, excepción frente a los otros pueblos dotados de salud normal...” En cuanto a la dinámica hispánica nos dice el maestro: “Nuestro florecimiento no fue producto de fuerzas naturales de diseminación copiosa, sino que fue obra de pura voluntad humana; de una voluntad pura que se propaga en ininterrumpida concatenación de efectos”.

Muy noble es la idea de Menéndez Pidal de que la selección es la piedra básica del edificio nacional, y quizá una disciplina rígida pudiera consolidar esa especialidad, o sea, el saber seleccionar, mas el enemigo a la vista sigue siendo la megalomanía que hace de la improvisación su hermana gemela, y cuando hay improvisación no hay selección que valga.

Creo firmemente que el carácter de la mayoría de los españoles, en un momento dado, le pueden conferir el carácter a la nación, por lo que me parece que si se hiciera un psicoanálisis colectivo de las minorías se podría cambiar el carácter nacional, pero como esto es materialmente imposible, a lo único que puedo concretarme es a la explicación de la teoría berglerista adaptada al carácter hispánico, para demostrar científicamente que la megalomanía del español tiene una base inconsciente masoquista, y que su masoquismo psíquico tiene raíces profundas en ese largo período histórico que se ha dado por llamar La Reconquista.

Para darnos una idea de la impresión que en la mente de millones de visigodo-romanos, de árabes y de visigodo-romano-árabes causó una guerra continua de setecientos años de duración, es menester situarse en



la posición de una familia de aquella época, para poder comprender la vida de sobresaltos y amarguras que tuvieron que haber sufrido. Reproduzco este fragmento mío de *José Ortega y los toros* (Norte, 240): “Es probable que no haya habido pueblo más tenaz que el español (cristiano-muslim) en sus luchas. Aquellos 8 siglos de contiendas entre nuestros antepasados musulimes y cristianos, árabes o godos, que luchaban bajos las banderas de los Abderramanes o de los Pelayos, no tiene paralelo en la historia de la humanidad. La guerra se había hecho una costumbre, la lucha una necesidad. vida era un nacer y morir en la pelea. Fueron ochocientos años de selección de los mejores, cuarenta generaciones de guerreros indómitos, miles de batallas que se ganaron y se perdieron. Desde la Toma de Granada apenas llevamos cuatrocientos setenta y ocho años de paz relativa, pero atrás nos sigue pesando nuestra belicosidad, nuestro espíritu aventurero, nuestra sed de sangre y nuestros anhelos de fama y de honra”.

Para darnos idea de la tensión constante en que vivieron nuestros antepasados, tomemos como ejemplo éste que nos da Américo Castro: “Sancho el Mayor de Navarra (m. 1035), padre de Fernando, primer rey de Castilla, dormía junto a su caballo, porque los reyes en ese tiempo tenían a estos animales en sus cuartos donde dormían con sus esposas, para que cuando tocaran alarma tuvieran sus caballos y armas sin pérdida de tiempo, para poder salir de prisa”. (*Crónica General*, p. 474).

Veamos este poema de Francisco de Aldana (1537-1578), llamado “Descripción y elogio de la guerra”:



Otro aquí no se ve que, frente a frente,
animoso escuadrón moverse guerra,
sangriento humor teñir la verde tierra
y tras honroso fin correr la gente.

Este es el dulce son que acá se siente:
¡España, Santiago! ¡Cierra, cierra!
y por suave olor, que el aire atierra,
humo el azufre dar con llama ardiente;

El gusto envuelto va tras corrompida
agua, y el tacto sólo apalpa y halla
duro trofeo de acero ensangrentado,

hueso en astilla, en él carne molida,
despedazado arnés, rasgada malla:
¡Oh sólo de hombres digno y noble estado!

Leamos este otro de José Pérez de Montoro (1627-1694), llamado "A Valencia, por las desgracias que sucedían":

¡Oh trágica! ¡oh hidrópica! ¡oh sedienta!
donde el matar tan propio se asegura,
que es milagrosa vida la que dura,
y es muerte natural la que es violenta.

La rosa en tu campaña es más sangrienta,
de susto en el jazmín es la blancura,
y el sol, cuando la noche le apresura,
no de costumbre, de temor se ausenta;

Puñales son las hojas que produces;
peligrosas tus calles, son desiertos;
noche inventas del día entre las luces:

mas ¿quién señalará tus desconciertos,
si falta ya lugar para tus cruces,
y cruces faltan ya para tus muertos?

Pero es en este poema donde se rebela el hombre
contra la muerte temprana. Es de Antonio Hurtado de
Mendoza (1586-1644):

Sangrienta perdición, yugo tirano,
guerra cruel, origen y osadía
de la injusta primera tiranía
que puso cetro en poderosa mano.

Bárbara ley, tan murmurada en vano,
ayudar del morir a la porfía
como si nos costara sólo el día,
como si nos sobrara el ser humano.

Mas aunque más, ¡oh guerra!, estés culpada,
es mayor la de fáciles antojos
en bello campo de belleza armada;

no quiero amor, más quiero dar enojos
a la dura violencia de una espada,
que a la blanda soberbia de unos ojos.

Pues bien, supongamos que la mujer del rey Sancho
estuviese amamantando al infante Fernando de tres
meses de edad, y que recibiera la nueva de que los
moros habían matado a su marido en la marca. Lo más
probable es que se le cortara la leche, como conse-
cuencia emocional de tan infausta noticia.

En MD en Español de marzo de 1972, se dice:
"...las investigaciones más recientes continúan de-
mostrando las ventajas de orden bioquímico, antiinfec-
cioso, emocional y económico de la leche materna".

Si se entiende que fueron 700 años en que prolife-
raron las noticias de este tipo, se podrá comprender
que durante numerosas generaciones los infantes se
adaptaban en su inconsciente a la idea de morir de ham-
bre y de abandono. Muy probable es que salieran de
su infancia con el complejo deseo inconsciente de ser
rechazados por su imágen materna.

Ahora, sabemos que una niña así adaptada puede
desarrollar, ya adulta, una repetición compulsiva con-
traria y negativa con sus hijos, o sea, que al amaman-
tarlos no tenga suficiente leche, o en casos más gra-
ves, ninguna leche. Con esto, se deduce que la neuro-
sis de muerte por hambre se puede transmitir por in-
contables generaciones, como de hecho ocurrió con
los pueblos moros y cristianos que habitaron lo que hoy
mal llamamos la Península ibérica.

En un hombre que fue prototipo del carácter espa-
ñol: Hernán Cortés* sabemos que su madre al no po-
derlo amamantar llamó a una nodriza llamada María de
Esteban, vecina de Oliva. (Rebus Gestis Ferdinandi Cor-
tesii). Pues así como el caso de este conquistador tuvo
que haber, sin duda, muchos otros semejantes, porque

la conducta de los habitantes de la Península, consignada en la historia, nos va a dejar claramente establecida la neurosis básica de la humanidad, especialmente relevante en esta nación, que no es otra cosa que el masoquismo psíquico.

Contra el reproche inconsciente: "Tú gozas en la pasividad y en el rechazo", se defiende el yo hispánico: "No deseo ser pasivo y ser rechazado, al contrario, yo todo lo puedo y yo soy el que rechazo a los demás". He aquí la megalomanía como un efecto de una causa masoquista inconsciente. También tenemos en la conducta del místico hispánico la siguiente defensa contra el mismo reproche inconsciente de que goza en la pasividad: "En efecto, soy masoquista, me niego a mí mismo, y gozo mi pasividad".

Esta última conducta, que es un defenderse no defendiéndose, nos la han aconsejado los profetas. El "no desees" de Gautama sólo puede compararse en poder de abnegación (negarse a sí) al "ama a tus enemigos" y "pon la otra mejilla" de Jesús. Estos mandatos nos dicen claramente que aceptemos nuestra pasividad como medio para encontrar la felicidad o la gloria.

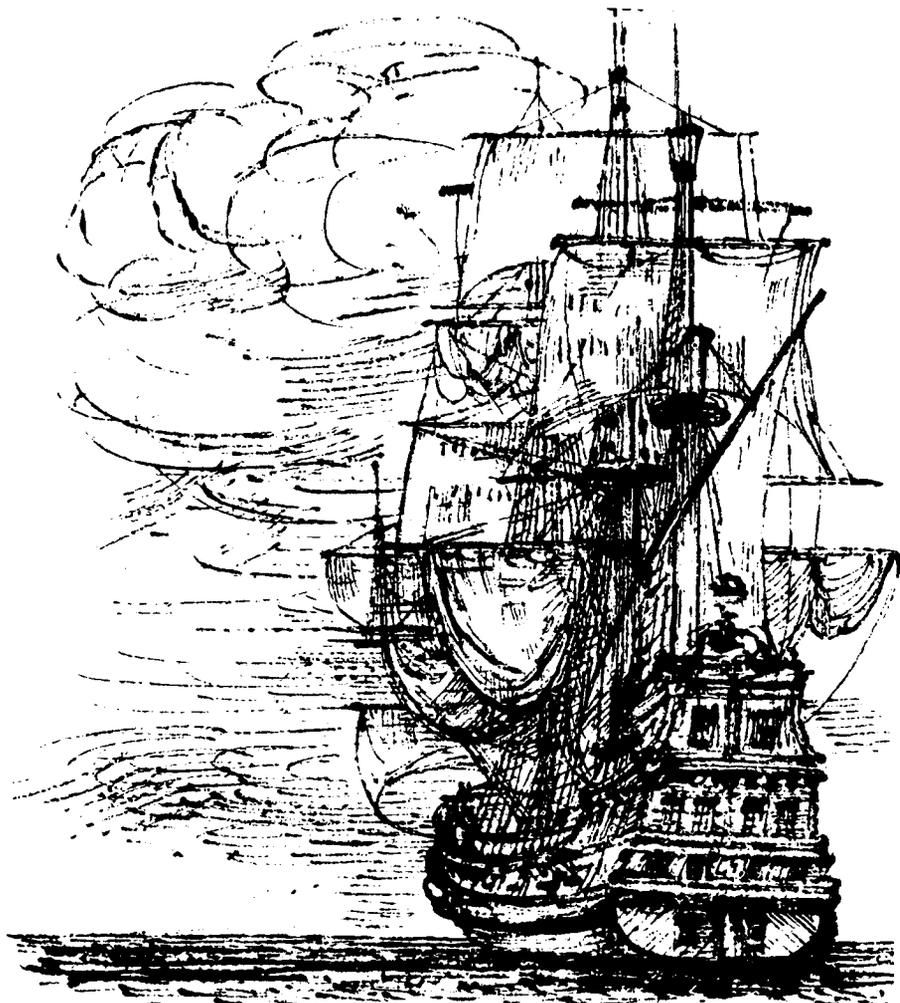
Como podrá apreciar cualquier lector sagaz, existe un paralelismo entre la terapia del psicoanálisis berglerista —puesto que trata de hacer consciente la pasividad libidinizada inconsciente— con las máximas de las religiones budista y cristiana. La aceptación cons-

ciente del "crimen mayor", o sea, del goce inconsciente en la pasividad, trae como consecuencia la desaparición de la pseudoagresividad, la no internación de la misma, y la falta de culpabilidad y deseos de castigo, con lo que se obtiene felicidad temporal o por lo menos alivio.

La única diferencia que encuentro entre estas máximas religiosas y la terapéutica psicoanalítica berglerista, estriba en que las religiosas son unas máximas de tipo general, y las psicoanalíticas son de tipo específico, o sea, que tipifican los temores básicos libidinizados en el inconsciente, que son de hecho siete según nos dice Bergler: "De morir de hambre, de ser devorado, de ser envenenado, de ser ahogado, de ser descuartizado, de ser deshidratado, y de ser castrado", que desembocan en el deseo inconsciente de ser rechazado o muerto por la imagen materna cruel.

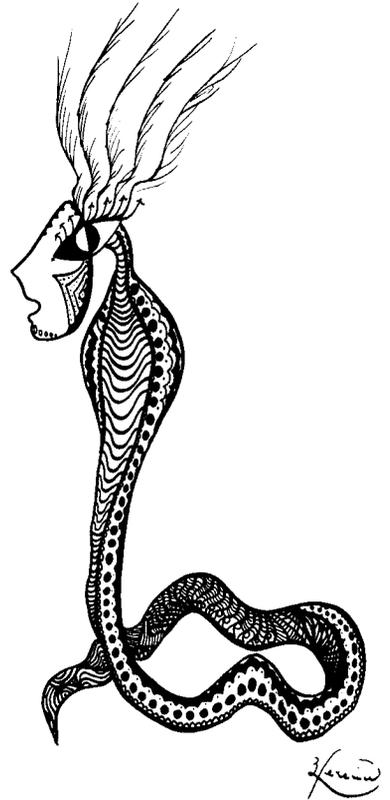
De estos temores libidinizados o erotizados o convertidos en placeres, dentro del inconsciente humano, seleccionaremos los más característicos del **homo-hispanus** en forma inductiva, pues es la conducta la defensa contra estos temores anidados en el inconsciente. La causa, entonces, será desvelada gracias a los efectos conduccionales, y así progresivamente, podremos ir aclarando la incógnita del ser hispano.

* Intento de Psicoanálisis de Cortés. México, 1971.



ANALISIS

Mercedes Secchi



Al leer los cuatro libros de poemas que encierran el alma de esta poetisa cordobesa-argentina, de inmediato afloran en sus versos caudales de melosas rimas que en algo mitigan su eterna sed, su eterno sufrimiento. Más atención deberíamos prestarles a estos seres especiales que, como las abejas, no viven más que para extraerle la miel a las flores, depositarla en los panales, (libros) para que el mundo se endulce el paladar. Bebamos algo de esa miel que nunca tuvo para sí:

Una vez las palomas
destruyeron sus mieles

...

y ya mi corazón tuvo un motivo
para sentirse en mieles anegado.

...

Nosotros, que aún bebemos sus mieles prodigiosas.

...

Mis poros, uno a uno, te sienten alejada;
ya les niegas tu vino, tus aromas, tu miel

...

Grácil belleza de lirio
y miel de rosas de mayo

...

De amanecidas mieles saturada
regreso de mi viaje

...

El beso que presentimos y no pudo aflorar
¿en qué vaso habrá ido su miel a derramar?

...

y blancas-azucenas de inocente hermosura
sus mieles destilaron

...

Tus inspiraciones bebe.
Las mieles que tú derramas

...

Me enajena y embruja la miel de tus caricias.
¡Oh misterio que pueblas el aire de delicias!

Mieles, líquidos dulces, leche maternal, fue de lo que careció nuestra poetisa, y se sintió morir de sed.

He aquí el trauma infantil de todo poeta, contra el que se defenderá toda la vida, dándose para sí poesía:

¡Cuán necesario es sentir
de las flores la presencia!
y anegarse en la poesía

...

y bebed en esas fuentes
la savia que ellas regalan;
panacea que buscamos
para la sed de las almas

...

Te esperaré ondulando como el fluir misterioso
que mana de los campos ...

...

mientras la tierra bebe, con ansias, la riqueza
que mana de sus pródigas fuentes de belleza
mi mirada se hartó de lejanía
buscando aquella fuente que no hallaba.

Esta insaciable sed llevó a nuestra poetisa a buscar
la fuente del bien:

Yo buscaba, ... buscaba ...
y en mi afanosa búsqueda, leía
todos los libros que mi mano abría.

Después de muchos años de búsqueda, se percató Mercedes que sólo ella podía fabricarse su alimento: la poesía:

pues la fuente del Bien no estaba allí
alejeme del mundo y sus engaños,
y la encontré, por fin ... ¡dentro de mí!

Al igual que Juana Inés y todos los poetas que han nacido, sintió Mercedes Secchi un irresistible impulso por escribir poesía:

...

Cuando una fuerza nos rige
que en el alma se revela,
y una inspiración nos manda
obrar de cierta manera
porque una íntima pujanza
hacia la verdad nos lleva,
develando los mandatos
del destino. Cuando aquellas
sensaciones que nos dicen:
—¡Toma por aquella senda!—
nos encienden una luz
que la confianza despierta,
dejémonos conducir

**mansamente, y con fe ciega,
porque es la mano de Dios**

**que su poder manifiesta,
y del alma la sentimos
en las fibras más secretas.
Dejémonos conducir
por la misteriosa fuerza.
No hay brújula para el alma
más preciosa y más certera
y que como ella nos lleve
a encontrar aquella senda
que nos haga intuir el bien
por caminos de asperezas.**

...

En secreto contacta con nuestro yo, se interna
el ser, por ocultos caminos interiores.

Son éstas las fuerzas inconscientes que el poeta
intuye:

**Cuerdas del alma, que vibráis al soplo
de algún oculto y misterioso acuerdo.**

...

**¡No acuden a la mente
ideas y palabras que oculta el subconsciente!**

...

**sentí la caricia de un ala misteriosa
¡y este poema tuvo que volar a su nido!**

Son estas ideas y palabras las defensas del poeta
contra el deseo inconsciente de morir de hambre:

**Con mi carga de angustias
tuve que huir del lecho.
No hallaba un lenitivo;
sólo llorando o escribiendo versos
pude aliviar el alma
de sus inconsolables pensamientos.**

Es el insomnio una defensa contra el deseo in-
consciente de dormir-morir:

Sombra total, dolor total;

**¡Estoy presa en tus redes de insomnio
noche enemiga! ...**

...

**Los que duermen son almas en penas;
son conciencias que velan, turbadoras.
Las alas de la noche,
cumplida la jornada, nos cobijan;**

**si la vivimos pura, intensamente
a una dulce muerte nos invitan;
la paz nocturna, con su brazo amante,
en cunas de silencio se nos brinda.**

La muerte ronda a todo poeta. ¡Y cómo se deja
rondar el poeta por Tánatos!

**Una vez, las campanas
cantaron roncamente,
pintándome en el aire
panoramas de muerte.**

...

**Si del árbol de la vida,
débilmente suspendida,
ni viva ni muerta estoy,**



**¿Señor, conviérteme en hoja
de esas que el invierno arroja
en brazos del huracán**

|||

**Cuando un poeta muere, miremos en redor
con ojos de poetas, el aire, el sol, la flor...**

...

**si es para vivir
o es para morir
esta inquietante sensibilidad
no lo sé...**

...

**Es descanso la muerte, y la vida es afán
y en lucha de titanes combatimos la muerte.**

Algunos poetas intuyen sus traumas infantiles:

**Pero he sido amasada con rigores
y puso opacidad en mis fulgores
el áspero cincel de mi estructura.**

**Algo tiene de parecido esta idea a la de Calderón
de la Barca:**

**Mi padre, que está presente
por escusarse a la saña
de mi condición, me hizo
un bruto, una fiera humana...**

**Y este trauma al que después haría alusión otro
Segismundo, crea la neurosis básica, o sea, el maso-
quismo psíquico, esto es, la adaptación inconsciente
al deseo de morir:**

**Como perfuma el sándalo
el hacha destructora que lo hiere,
así voy perfumando
el camino espinoso de mi suerte!**

**¡Herid!... ¡azotad! que para todos
¡tengo perfume suficiente!**

Y tú, verdugo de mi dicha,

**hasta saciarte... ¡hiere!...
aquí tienes mi pecho dolorido
que a tu áspero dominio se someto...**

**También para tu mano despiadada
¡tengo perfume suficiente!...**

**Es el poeta de tal condición, que de no tener penas
suficientes, es capaz de buscarlas:**

**Hago frente al dolor
ya que el destino me lo puso adentro;
a veces lo provooco
para luego vencerlo**

**y me entrego a mis cavilaciones,
que me dicen la verdad de mi suerte,
de la que no reniego...**

**Y así el poeta identifica su dolor y su masoquismo
con los ajenos:**

**¡Sólo siente
una ternura, una piedad inmensa
por esta pobre humanidad doliente!**

...

**... a traerme ha venido
ardores de Su sangre, perfume de Sus lirios,
y una piedad inmensa por Sus crueles martirios.**

* *

**Son los poetas como los canarios que cantan den-
tro de la jaula de sus desdichas, y motivos como la
tristeza, el insomnio, la muerte, la soledad, etc., les
obliga a darse amor a sí mismos.**

LA PENA Y EL CANTO

De la pena surge el canto;
surge del canto, la pena.
Así como de la llama
el iris que reberbera,
igual, del dolor emerge
la inspiración del poeta.
Canta el ruiseñor sus trovas
oculto en la oscura selva,
y cuanto más solitario,
más dulzura hay en su lengua,
porque el canto desentraña
del fondo de su tristeza.

Es triste la negra noche
que rima un canto de estrellas;
perdida y sola la luna,
la más triste de las reinas,
con palideces nos teje
sus luminosos poemas.

Lamento que en el crepúsculo
lloras la muerte del día:
tú embelleces el lirismo
de la estrella vespertina.

La lluvia baja cantando
desde la nube plomiza
y mis oídos encanta
su ritmo de letanía...
un simbólico mensaje
moja el cristal desde arriba,
cantando su opacidad,
llorando su poesía...

Surge de la pena, el canto;
la pena al poeta inspira:
mi verso lo está diciendo
con triste filosofía:
—¡tú no llegas... y por eso
las Musas hoy me acarician!...

ROMANCE DE LAS LAGRIMAS

Quando entramos en la bella
plenitud crepuscular
de la vida y nos maduran
cuerpo y sensibilidad,
vivimos en un momento
de equilibrio emocional
en que las cuerdas del alma,
con templada intensidad,
se estremecen gravemente
logrando así interpretar
lo que hiera el sentimiento
con honda espontaneidad;

con tal justicia y verdad
que en sensibles reacciones
su cordaje hace vibrar
repercutiendo en sus fibras
hiriéndola en forma tal
que en lágrimas se desborda
su gran emotividad.
Un noble renunciamento;
un gesto de amor filial;
el homenaje amoroso
de un querido familiar;
la ternura de una escena
de despedida. Un lugar
con perfume de recuerdo
y de nostalgia. Un casual
encuentro de amigos viejos
cuya remota amistad
episodios de otros tiempos
nos hace rememorar.
Las exteriorizaciones

de esa solidaridad
con que el corazón humano
ha podido conjurar
los estragos imprevistos
de un inevitable mal,
consolando a sus hermanos
por amor y por piedad.
El noble gesto espontáneo
de gran generosidad
del que un niño inocente
sin pensarlo, fue capaz.
Todo aquello que trasunta

Un ave que recupera
la alegría de volar
y después de un largo encierro
retorna a su libertad...
Una reconciliación;
un gesto de honda humildad...
El corazón se conmueve;
blandas sus fibras están;
algo aprieta la garganta;
un nudo nos quiere ahogar;
los párpados no resisten;
la conmoción puede más;
y las pupilas se empañan
con un velo de humedad.
Yo creí que para siempre
perdería su caudal
esta fuente de mis lágrimas
que el dolor quiso secar...
¡Por eso es bien recibida
esta blandura otoñal!

HERMANO

María Ofelia Huertas Olivera



Si miras al árbol, —maravilla dadivosa de cunas, de ataúdes, de frutos, de cantos, de sombras, y fragancias— llegas al germen prieto y escondido en la tierra fecunda y mágica, que realiza el hecho de esa maravilla,

Si besas el pétalo sedeño, que sugestiona en símbolo de belleza, también encuentras el grano menguado y oscuro, que germinó con el térreo alimento.

Y tierra es el lecho resistente y ágil por el que se apresura el torrente, se desliza el arroyuelo y en que gorgotea la fuente.

Un mismo seno de recóndita entraña, hermanando tan distintas expresiones de la Naturaleza. ¿Cabe señal más exacta de la fraternidad en que el Universo natural palpita?

Sobre este mundo de física hermandad terrena: EL HOMBRE, proceso de inevitables evoluciones, guardando intactas esencias congénitas.

En el sueño juvenil y ansioso, traslúcida la cándida y serena sonrisa del niño. En el vibrante pasional gesto adulto, presente la infantil urgencia, que no espera, que exige y toma y cambia en interés voluble. En la sosegada contemplación del anciano, de nuevo la inocente sonrisa de intereses pequeños, inmediatos, que devuelven caracteres infantiles.

Rasgos comunes dando paridad a etapas distintas, irrevocable hermandad de la esencia humana, que muda exteriores apariencias, guardando la connata substancia.

¿Cómo no escuchar tu llanto, habitante del páramo o la selva, si suena con igual desgarramiento en estas mis playas abiertas y jóvenes?

¿Cómo no conocer tu risa, hombre y mujer del trópico o del polo, si la agita el mismo sacudimiento amo-

roso que estremece los corazones de nuestro templado suelo?

¿Cómo ignorar tu congoja, mujer del glaciar o la jungla, si la vivimos entre asfalto y antenas, cuando lloran hambre y desamparo los niños de nuestras calles?

Idéntico impulso de amores y odios, de placeres y dolores, sabe sacudir en opuestos cardinales la esencia humana de connata substancia, prodigiosamente fraternizada por naturaleza.

Una fuerza misteriosa nos liga, nos llama, nos ubica, para señalarnos, en rasgos incuestionables, el semejante trazo físico y anímico del ser que, lejano o inmediato, respira por pulmones de estructura tal que la de los nuestros y sabe reflejar por sus miradas cuanto son capaces de transmitir por las nuestras, alma y pensamiento propios.

¿Cómo no sentirte hermano, hombre del mundo, si puedo llorar como tú, si como tú entiendo la caricia del gesto tierno, si como a ti me ha golpeado la pena y como a ti me ha vitalizado la raíz del amor?

Hombre, hermano sin reparo de sexo ni edad, de piel ni de idea. Porque nivela diferencias biológicas y de situación emocional la noble vara de la comprensión que nos da la misma semilla humana, sublime engendro de amor, para acercarnos en ese sorprendente y hermoso plano de la fraternidad.

Hombre, hermano, conmigo tus penas y alegrías; contigo mi ternura y mis sueños; divino trasiego sólo capaz a nuestra hermana espiritualidad.

Hombre, hermano, para ti mi fe y mi risa; para mí tu desaliento y tu angustia.

Hombre, HERMANO...

